



domingo 6 de junio de 2004

EDICIÓN IMPRESA - Colaboraciones

ESOS GRANDES CEMENTERIOS BAJO LA LUNA

Por EMILIO LAMO DE ESPINOSA Catedrático de Sociología Director del Real Instituto Elcano/

ERAN las 6.30 de la madrugada del 6 de junio de 1944 cuando las playas de Normandía se llenaron de estruendo. Había amanecido el Día-D, la operación Overlord, que confundió a los alemanes que esperaban el desembarco aliado más al norte, en el paso de Calais. Más de 20.000 hombres, dos divisiones aerotransportadas americanas y una británica, fueron lanzados con paracaídas y, tras ellos, hasta 156.000 soldados (incluidos numerosos canadienses y franceses) y 20.000 vehículos blindados fueron arrojados en lanchas de desembarco sobre las hoy famosas playas de Omaha, Utah, Gold, Juno o Sword. Sólo en Omaha y en las cuatro primeras horas del combate murieron 3.000 hombres en un infierno que hoy podemos atisbar gracias al cine. Oleada tras oleada de soldados fueron desembarcando mientras penetraban hacia Cherburgo, Cayeux, el aeropuerto de Carpiquet y Caen, donde los alemanes se hicieron fuertes. Pero el 30 de julio los aliados conquistaban el puerto de Cherburgo, el 15 de agosto un nuevo desembarco en la Provenza permitió tomar Marsella y el 17 de agosto París se declaraba en huelga y la resistencia se subleva. Siete días más tarde las vanguardias de Leclerc, con quien combatían numerosos republicanos españoles, entran en París y el general De Gaulle toma posesión del Ayuntamiento en medio de multitudes que le aclamaban por los Campos Elíseos. Era el comienzo del fin.

Años más tarde se construirían los grandes cementerios. El cementerio alemán de La Cambe en el que bajo 21.500 teutónicas cruces negras reposan los restos de otros tantos jovencísimos soldados alemanes, la mayoría menores de 21 años, conducidos al matadero por unos líderes irresponsables. Y el de Colleville, al lado de Omaha Beach, en el que más de 9.000 blancas cruces y estrellas de David abrigan la memoria de los americanos que allí dieron su vida. Los veteranos y sus descendientes acudirán estos días a depositar flores en sus tumbas recordando que dieron su vida para liberar Europa. Yo me uno a ese homenaje.

El desembarco de Normandía, del que hoy conmemoramos los 60 años, pertenece a esa escasa lista de batallas verdaderamente cruciales en la historia de la humanidad. Alejandro frenando a los persas en Issos, Roma acabando con el poder de Cartago en Zama, europeos o chinos poniendo límites a la expansión del Islam en Poitiers y Tallas, la cristiandad frenando el avance turco en Lepanto, o los anglo-prusianos agotando la expansión revolucionaria francesa en Waterloo. Y ciertamente en las playas de Normandía se jugó la suerte del mundo y la libertad en Europa.

Pues si el objetivo hubiera sido acabar con la amenaza nazi, el desembarco no era necesario. Casi 4/5 partes del ejército alemán estaba siendo destruido por los rusos en el frente del este y estos se bastaban para poner fin a la guerra, como demostrarían tomando Berlín meses más tarde. Lo que estaba en juego en Normandía no era la derrota nazi sino la libertad de Europa occidental frente a la amenaza soviética. Si los americanos no hubieran desembarcado en Normandía Europa no hubiera sido nazi, hubiera sido soviética y por ello François Mitterrand dirá que «el 6 de junio marcó la hora en que la historia se inclinó hacia el campo de la libertad». Normandía fue así, en muchos sentidos, la última gran batalla de la Segunda Guerra Mundial en Europa, pero también la primera de la Guerra Fría, y menos de seis meses más tarde, en Yalta (febrero de 1945), se confirmaría lo acertado del pronóstico. La Unión Soviética, vencedora de Alemania, dividía ese país y se hacía con el control de Europa central y del Este. Por algo Churchill prefería un desembarco en Grecia; para cortar el paso soviético hacia

Europa central.

Pero se trataba de la segunda vez que los Estados Unidos regresaban al viejo mundo para acabar con los demonios que nosotros mismos habíamos desatado. Tras la primera «guerra civil europea», la Gran Guerra contra los viejos imperios (Ruso, Prusiano, Austríaco, Turco), la segunda «guerra civil de Europa» fue también ganada por los Estados Unidos contra un fascismo que se había amamantado en nuestro suelo y había triunfado, legal o ilegalmente, en Italia, en Alemania, en Austria, en Polonia, en Hungría, en Portugal, en España, incluso en buena parte de Francia. Y todavía fue necesario que los Estados Unidos librasen una tercera guerra más, la non nata guerra fría contra la Unión Soviética, y la ganara el denostado Reagan en 1989, para que hoy podamos disfrutar con orgullo de una sola Europa democrática que el pasado 1 de mayo celebró su re-unificación.

No es frecuente que vencedores y vencidos conmemoren conjuntamente las batallas pero en esta ocasión Bush y Chirac, pero también Schröder, coincidirán allí rememorando aquellas dramáticas jornadas. Será una oportunidad para la reconciliación pero también para recordar y valorar muchas cosas. Para comenzar, que de aquel horror nace el proyecto de los padres fundadores de una Europa en la que ya no sería posible la guerra, un proyecto que se ha extendido como una mancha de aceite y es hoy un éxito indiscutible. Para continuar, que fue una invasión y una ocupación militar lo que liberó Europa de la amenaza de la Unión Soviética, pero también de sus demonios internos. Cuando hoy nos impacientamos en Irak quizá sea bueno recordar que la ocupación de Alemania duró cuatro años, la de Japón siete y en Bosnia y Kosovo dura ya nueve y cinco años, respectivamente. En tercer lugar, que de aquella victoriosa alianza transatlántica que enlazaba a las democracias del mundo ha dependido la libertad hasta la caída del muro de Berlín e incluso después. De hecho, la Unión Europea hubiera sido inconcebible sin el paraguas de seguridad americano y, aún hoy, Europa es incapaz de garantizar su propia seguridad y es dudoso que tenga la voluntad de hacerlo. En cuarto lugar, que si durante la guerra fría tuvimos un solo occidente pero una Europa dividida, hoy tenemos una sola Europa pero dos occidentes enfrentados por Irak y la «guerra» contra el terrorismo, occidentes que se desgarraron primero en las Naciones Unidas, después en la OTAN, finalmente en la misma UE, debilitando el proyecto de un mundo libre y reforzando el fanatismo de nuestros enemigos. Si en 1963 Kennedy podía decir en Berlín Ich bin ein Berliner es dudoso que hoy Schröder pueda decir Yo también soy americano. Finalmente, que si la salud democrática de los Estados Unidos pasa por horas bajas y merece nuestra crítica, también merece nuestro apoyo pues se trata de la más antigua democracia del mundo que jamás ha sucumbido a tentación, no ya fascista, sino cesarista o populista alguna.

De modo que cuando Europa cae en la tentación de la arrogancia moral no está de más que echemos la vista atrás para recordar quién produjo el horror, cuáles fueron las consecuencias del «equilibrio de poderes» europeo, quien inventó los campos de concentración, el Holocausto o el Gulag, o quién la liberó de ella misma. Los Estados Unidos pretenden ahora llevar a Naciones Unidas una nueva resolución que internacionalice la ocupación de Irak y sea la base de una reconciliación atlántica. Bienvenido sea este nuevo multilateralismo, al que España debe contribuir, y ojalá las playas de Normandía sean, otra vez más, escenario del pacto de las democracias del mundo libre para hacer frente al «nuevo totalitarismo» de la yihad (y la expresión es de Joschka Fischer, no mía).